



Martin Silink es Presidente de la FID. Es Catedrático de Endocrinología Pediátrica en la Universidad de Sydney y en el Hospital Infantil de Sydney (Australia).

Colaboraciones y conocimientos: los enemigos de la enfermedad

Hacia finales de mayo del presente año, se presentará el Plan de Acción de la OMS para la Prevención de Enfermedades Crónicas no Contagiosas (WHA 122/9) ante la XLI Asamblea Mundial de la Salud en Ginebra. Su importancia para las personas con diabetes de todo el mundo no se debe subestimar. El Plan constituye el reconocimiento por parte de la autoridad que dirige el apartado de salud dentro del sistema de la ONU (con la responsabilidad de aportar liderazgo sobre asuntos mundiales de salud) de la enorme dimensión de la creciente carga de enfermedades no contagiosas. Aún más importante, orientará una iniciativa multilateral para prevenir y controlar dichas enfermedades y, entre ellas, por supuesto, la diabetes. Como organización no gubernamental en relaciones oficiales con la OMS y una de los socios internacionales de la Organización en la lucha contra las enfermedades crónicas, la FID ha expresado su apoyo a la WHA 122/9.

La decisión histórica de centrarse en las enfermedades crónicas no contagiosas coloca en un mismo equipo y con un mismo plan de acción a una amplia serie de actores que, de otro modo, podrían estar trabajando en direcciones distintas. Para reforzar la Resolución 61/225 de la ONU sobre diabetes, que llama a los Estados Miembro "a desarrollar políticas nacionales para la prevención, el tratamiento y la atención a la diabetes en línea con el desarrollo sostenible de sus sistemas sanitarios", el Plan de Acción de seis puntos de la OMS tiene como objetivo impulsar el lanzamiento de políticas de prevención a nivel nacional. Esto se ve reforzado gracias al énfasis del plan de promoción de colaboraciones multisectoriales.

Durante años recientes, hemos destacado desde las páginas de esta revista la necesidad de construir y coordinar alianzas colaborativas para proteger y mejorar la salud. (El número especial del mes de mayo sobre control de enfermedades crónicas explorará este área en mayor profundidad). La colaboración eficaz entre instituciones, naciones y organizaciones del sector público y privado es fundamental para optimizar unos recursos limitados, especialmente en los países en desarrollo, que están listos para sufrir la peor parte de la carga diabética y ven sus oportunidades de desarrollo cruelmente mermadas por los crecientes costes

sanitarios y la discapacidad de la mano de obra. Y la cooperación es vital también por la propia naturaleza de las enfermedades no contagiosas: son demasiado complejas en su etiología, control y prevención.

Tan sólo reuniendo los conocimientos y recursos de los servicios gubernamentales, los académicos, los centros de investigación, las ONGs, los grupos de consumidores, las asociaciones profesionales y la comunidad empresarial tendremos una oportunidad de influir sobre los principales determinantes de las pandemias de obesidad y diabetes tipo 2: la mundialización y la urbanización, causantes de un comportamiento alimentario y un estilo de vida sedentario insalubre (en el artículo de Fatema Jawad, desde Pakistán, encontrará una ilustración gráfica de la constelación de amenazas medioambientales de la vida moderna para la salud infantil).

En el artículo de Gabriel Lijteroff, especialistas en diabetes argentinos reclutan el apoyo de autoridades educativas y proveedores del transporte para ayudar a las personas con diabetes y baja alfabetización. La educación en lectura y escritura se combinó con el control diabético y de estilo de vida, mejorando así la salud y el bienestar de las personas, así como sus perspectivas de empleo y movilidad social. El artículo sobre el proyecto HINARI es otro caso a destacar, en donde la colaboración entre editores y organizaciones de la ONU ofrece a los investigadores de los países en vías de desarrollo acceso a la literatura científica más reciente de todo el mundo.

Las personas pobres que viven en países en desarrollo son desproporcionadamente vulnerables ante los efectos de la diabetes y otras enfermedades no contagiosas. No sólo tienen unos servicios sanitarios inadecuados, sino que las personas pobres también sufren la incapacidad de cambiar su situación. Esta impotencia define su capacidad de interactuar con sus empleadores, el estado y los proveedores sanitarios. Dado el papel protagonista del individuo, que es un requisito previo para poder prevenir o controlar la diabetes, hay que encontrar mejores modos de ayudar a encontrar su propia voz a unas personas que, de otro modo, se verían desamparadas.